

# La Universidad en búsqueda de su catolicidad

Stephan van Erp

*Pontificia Universidad Católica de Chile*

*13 Mayo 2025*

## **Introducción:**

### **“Contemplar a Dios como tarea central de la Universidad”**

En el primer texto programático del pontificado del Papa Francisco, la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, se dice que tenemos que mirar a nuestras sociedades con «una mirada contemplativa». El Papa describe esta mirada como aquella que ve a Dios habitando en los hogares, las calles y las plazas de nuestras ciudades, en otras palabras, en el mundo que construimos para nosotros mismos y entre nosotros, el mundo que habitamos colectivamente.

Ahora bien, dada la cultura secular en la que usted y yo vivimos, parece bastante peculiar considerar la contemplación de la presencia de Dios como una tarea central de las instituciones públicas, como una universidad, incluso de una universidad o colegio católico. Y, sin embargo, esto es precisamente lo que defenderé en esta conferencia. Presentaré la universidad como un lugar de culto, de un tipo muy particular, donde se venera la verdad a través del aprendizaje y la enseñanza.

Durante mucho tiempo ha sido bastante común llamar a las universidades «templos»: del conocimiento, de la ciencia o de la cultura en su forma más exaltada, casi divina. Al igual que los museos nacionales, las universidades europeas se construyeron a menudo en estilo neoclásico, para mostrar que la universidad era heredera de la cultura clásica y manifestar que en su función la universidad se asemejaba al templo clásico. Era un lugar de veneración de la verdad que sustentaba la cultura nacional y que la cultura nacional estaba llamada a venerar. Así, la idea de una universidad nacional entrelaza imágenes de prestigio académico con ideas de identidad nacional y la arrogancia de la grandeza nacional.

Con el uso de la palabra «templo» en el título de esta conferencia, no quiero sugerir el regreso a una visión tradicional de la universidad, aunque hay aspectos en la autocomprensión clásica que creo que pueden ayudar a liberar a la universidad de su crisis actual. La idea de la *Wissenschaft* y del conocimiento como entidades semisagradas que dan valor a las culturas nacionales siempre ha sido muy problemática. Si, a pesar de estos antecedentes, utilizo la metáfora de un templo para referirme a la universidad católica, la imagen no será la de un templo del saber para aumentar el prestigio nacional o de cualquier otro tipo. Es la imagen de un templo de la verdad, tanto en el sentido de la palabra de Jesús en el Evangelio de Juan de que la verdad nos hará libres (Juan 8, 32), como en el sentido de que luchar por la verdad significa liberarse de lo que es falso y nos condena a vivir con una imagen ilusoria del mundo y de uno mismo.

En lo que sigue, ofreceré algunas reflexiones teológicas sobre la universidad católica como lugar, construido sobre dolores pasados y esperanzas futuras, en el que se salvaguardan diferentes modos de estar abiertos y dedicados a la verdad, para que sus estudiantes, profesores e investigadores puedan convertirse en «templos de la verdad» –una imagen de Tomás de Aquino – y participar así en la comunidad venidera que celebra su catolicidad.

**«Sus ladrillos estaban enrojecidos por la sangre y el polvo del trabajo»  
La universidad es un templo, pero ¿para qué?**

El historiador y sociólogo estadounidense W.E.B. Du Bois (1868-1963) escribió sobre su propia alma mater, la Universidad Fisk de Nashville, Tennessee, como un templo construido a partir de lo que él llamaba las Canciones de Dolor. Las Sorrow Songs son las canciones populares de la cultura negra que hablan de esperanza en medio de la discriminación y el sufrimiento físico, a menudo empleando imágenes bíblicas. La Universidad de Fisk, una universidad históricamente negra fundada en 1866 para educar a los hijos de los esclavos liberados por la Proclamación de Emancipación de Lincoln, tenía un coro que recaudaba fondos para la institución interpretando estas canciones tradicionales de la cultura negra. Du Bois escribió que la sala principal de su universidad parecía

(...) y sus ladrillos estaban enrojecidos por la sangre y el polvo del trabajo. De ellos surgían para mí mañana, tarde y noche, estallidos de maravillosa melodía, llenos de las voces de mis hermanos y hermanas, llenos de las voces del pasado.

Para Du Bois, esto significaba, en primer lugar, que estas piedras daban testimonio del sufrimiento de los esclavos negros, el sufrimiento de un pueblo separado de una vida humana plena por lo que Du Bois llamaba «la línea de color». Las Canciones del Dolor, escribió:

(...) son la música de un pueblo infeliz, de los hijos de la desilusión. Hablan de muerte y sufrimiento y de un anhelo no expresado hacia un mundo más verdadero de brumosos vagabundeos y caminos ocultos.

Al dar testimonio de este sufrimiento, las Canciones de Dolor expresan también la plena humanidad de los negros, a pesar de que eran percibidos y tratados como menos que humanos. Las piedras rojas del vestíbulo principal de la Universidad de Fisk simbolizan, para Du Bois, el anuncio público de esta plena humanidad. El día de su graduación, en 1898, dio una conferencia en su alma mater en la que describió a los estudiantes lo que se habían encontrado durante su educación como esencialmente

(...) no un sueño, sino una poderosa realidad: un atisbo de la vida superior, de las posibilidades más amplias de la humanidad, que se concede a la persona que, en medio del ajetreo de la vida, hace una pausa de cuatro breves años para aprender lo que significa vivir. La educación superior presenta el mundo en todas sus posibilidades y percepciones a la espera de salir a la luz y deja claro a los estudiantes que es su tarea contribuir a ello.

A continuación, trató de convencer a los futuros licenciados de que debían *encontrar la presencia de esta realidad envolvente* y participar en su realización en el día a día de su futuro trabajo. Debían, en sus palabras, «aprender a ver cómo en el trabajo está presente el fruto de la obra, en el sacrificio la recompensa, en el servicio a ella la comunidad y la sociedad por la que luchan». Presentar la universidad como un templo no atribuye un estatus cuasi divino a la enseñanza superior. Señala la dedicación que existe en la universidad y la necesidad de dedicarse a las posibilidades ilimitadas de lo que podría ser.

A menudo se ha acusado a Du Bois de publicitar el sueño americano de tal forma que los negros pudieran imaginarse a sí mismos como futuros participantes en él. Del mismo modo que las universidades católicas de Europa Occidental suelen verse como intentos de integrar a los católicos en la cultura dominante. Esto convertiría a las universidades en templos para los dioses del prestigio y la respetabilidad. Para Du Bois, la universidad era, en última instancia, una expresión de la creencia en:

la importancia de conducir a las pequeñas almas a los verdes pastos y junto a las aguas tranquilas, no por el yo o la paz, sino por la vida iluminada por alguna gran visión de la belleza, la bondad y la verdad.

Esto, según su punto de vista, también implica la creencia en:

Paciencia – paciencia con la debilidad del Débil y la fuerza del Fuerte, el prejuicio del Ignorante y la ignorancia del Ciego; paciencia con el triunfo tardío de la Alegría y el castigo loco del Dolor.

De Du Bois podemos aprender que las universidades e institutos católicos no deben caer en la misma trampa que las universidades nacionales, sino que, por el contrario, deben ser lugares, contruidos a partir de las penas del pasado, dedicados pacientemente al futuro del mundo, y a la humanidad como parte de ese futuro. Un futuro desconocido y al mismo tiempo «cercano», visible en lo que en el Evangelio de Mateo (16, 3) se denominan los «signos de los tiempos», signos de un futuro prometido en el que todo será nuevo.

**“He hecho y llevaré. Llevaré y salvaré”**

**¿Qué unidad constituye la universidad?**

En 1924 se consagró en Washington D.C. el edificio de la Academia Nacional de Ciencias (NAS) de los Estados Unidos de América para que fuera un verdadero templo de las ciencias. Dedicado, eso sí, según su lema,

a la ciencia, piloto de la industria, vencedor de la enfermedad, multiplicador de la cosecha, explorador del universo, revelador de las leyes de la naturaleza, guía eterno de la verdad.

El edificio de la NAS sigue en pie, pero los dioses a los que estaba consagrado parecen haberse retirado y la cultura que una vez representó prácticamente ha desaparecido. La universidad como encarnación de una idea clara y unificada de la investigación y la educación académicas [*Forschung und Bildung*] *está en ruinas*.

Como resultado, los académicos contemporáneos se encuentran atrapados entre Babel y la Torre de Marfil. La imagen de Babel representa la cacofonía de paradigmas, enfoques, puntos de vista y estilos de pensamiento en el mundo académico actual. La imagen de la torre de marfil representa la investigación especializada del erudito individual. Sin embargo, la historia bíblica sugiere que la cacofonía de Babel es el efecto de una inversión excesiva en la torre de marfil. En la Biblia, la confusión de lenguas de Babilonia es el resultado del proyecto de construir una «torre con su cúspide en los cielos» para hacernos un nombre, «no sea que nos dispersemos sobre la faz de toda la tierra» (Génesis 11, 4), fragmentados en una miríada de lenguas, culturas y puntos de vista. Esto no es sólo o principalmente una pérdida. También es una ganancia en la medida en que permite una visión más completa de la verdad y de la comunidad.

El relato de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés se lee tradicionalmente como la respuesta divina a esa fragmentación babilónica. El relato sugiere que la reconciliación de las tensiones y conflictos que conlleva la pluralidad no consiste en volver a la unidad unilateral. Más bien, la verdad debe ser escuchada por todos, cada uno en su propia lengua (Hechos 2, 8). Ahora bien, para entender lo que eso significa en una universidad católica, tenemos que reflexionar más sobre la idea de la unidad de la verdad. ¿Cómo evitar un concepto de verdad íntimamente ligado a una determinada unidad ética o metafísica que, en las declaraciones de misión de las universidades católicas, se confunde a menudo con aquello que hace que la universidad sea «católica»? Mi respuesta a esta pregunta sería: *volviéndonos a los dolores del pasado y a las ruinas*.

Hace más de veinticinco años, el erudito literario Bill Readings sugirió en su libro *The University in Ruins* que en la universidad corporativa tardomoderna tanto el concepto unificador de «razón» – que desempeñaba un papel importante en *El Conflicto de las Facultades* de Immanuel Kant – como la cultura nacional liberal unificadora que proporcionaba la formación de su élite – fundamento y objetivo de la universidad en la visión de Wilhelm van Humboldt (1767-1835) – han perdido su fuerza. Los administradores universitarios responsables de la educación académica y la investigación han sustituido estos ideales por una idea más bien vacía de «excelencia» para indicar los estándares académicos. La excelencia, sin embargo, es un concepto bastante flexible y puede atribuirse a muchas cosas. Es precisamente la vacuidad del concepto de excelencia lo que le confiere su eficacia administrativa. Puede utilizarse en anuncios, para justificar cambios mayores o menores, o para retar a los académicos a ser más productivos o innovadores.

Si los ideales kantianos o humboldtianos para la universidad se han desvanecido, y no pueden revivirse, ni siquiera poniendo de moda la palabra clave humboldtiana *Bildung* (formación), ¿qué les queda entonces a las universidades católicas si quieren articular su misión y dar nombre a su identidad? Las lecturas advierten:

La excelencia funciona porque nadie tiene que preguntarse qué significa. El Pensamiento exige que nos preguntemos qué significa, porque su condición de mero nombre —radicalmente desvinculado de la verdad— refuerza esa pregunta. Mantener abierta la cuestión de lo que el Pensamiento nombra exige una vigilancia constante para evitar que el nombre del Pensamiento se deslice de nuevo hacia una idea, fundando una ideología mística de la verdad.

Dejando a un lado el uso negativo de la palabra «mística», Lecturas sugiere que tanto la cacofonía de ideas, enfoques y *pretensiones de verdad* que caracteriza a la universidad contemporánea, como los conflictivos debates, a veces bastante acalorados, a los que dan lugar, no son problemas de los que debemos deshacernos, sino que pertenecen al núcleo mismo de lo que es la universidad contemporánea, incluso la católica. Las diferencias entre enfoques e intereses también derriban todas las ideas posibles de una unidad fácilmente disponible. Así, significan la apertura a lo que siempre está por salir a la luz.

Mantener una cultura de cambio constante, sin embargo, no parece la mejor estrategia: el continuo debilitamiento de las disciplinas al restar importancia a su coherencia teórica, y la importancia de los estudios que se mantienen unidos por objetos particulares o cuestiones socialmente relevantes, introducen en la universidad la superdiversidad de la sociedad contemporánea. Toda noción de modelo o identidad parece fundamentalmente extraviada en una permanente deconstrucción y reconstrucción bajo la presión de fuerzas externas y dinámicas internas, necesidades sociales y opciones políticas y eclesiales.

Por el contrario, intentar restaurar el templo en ruinas de la investigación y la educación al servicio de una cultura sagrada o una verdad unificadora significaría, en palabras prestadas del profeta Isaías, convertir a los dioses del pasado en «cargas de bestias cansadas» (Isaías 46, 1). Esto es justo lo contrario de lo que Isaías considera el orden correcto de las cosas: que el pueblo sea soportado, sostenido y guiado por el Dios que es la verdad misma. Como está escrito:

Escuchadme, casa de Jacob,  
todos los remanentes de la casa de Israel,  
que habéis sido paridos por mí desde vuestro nacimiento,  
llevados desde el vientre materno;  
hasta vuestra vejez yo soy Dios  
y hasta las canas os llevaré.  
Yo hice y yo llevaré;  
yo llevaré y yo salvaré (Isaías 46, 3-4).

Para entender lo que hace que una universidad sea católica, tenemos que centrarnos en *lo que nos mantiene* en el proyecto de obtener conocimiento y comprensión, en y a través del estado supuestamente ruinoso de la universidad. Ello exige reimaginar el concepto de universidad católica, en constante deconstrucción y reconstrucción, como el de «universidad sin condiciones». En su ensayo *L'université sans condition* (2001), el filósofo francés Jacques

Derrida sostiene que ningún discurso ni ninguna visión de la realidad y la verdad a la que se dedique la gente debería ser excluida de la universidad por no responder a las normas académicas actuales. En su lugar, habría que explorar qué verdad revelan y cómo reestructuran el mundo en el que participamos.

En cierto modo, esto significa darle la vuelta a la tortilla. En lugar de hacer de los procedimientos académicos o de los enfoques y evaluaciones disciplinares el centro de atención, la *realidad* misma debería ser el centro. Una cuestión vital para una universidad católica, por tanto, no es cómo podemos comprender y utilizar la realidad, sino cómo participamos en la verdad que nos da y nos trae – en el conocimiento y la comprensión, y en la llamada a la responsabilidad que puede oírse en ella.

**“Las ideas llegan a su tiempo, no cuando queremos”**

**La apertura a la verdad como vocación y profesión**

En su célebre ensayo *Wissenschaft als Beruf* (en español: *La ciencia como vocación*), el sociólogo Max Weber sostiene que, para ejercerla de forma fructífera, la profesión académica debe entenderse como una forma secularizada de lo que la tradición cristiana denomina «vocación». Se trata de una llamada a la búsqueda apasionada del conocimiento. Weber se consideraba a sí mismo «religiosamente no musical» (*religiös un-musikalisch*), pero hay un subtexto religioso en su visión de la investigación académica:

Hoy en día está muy extendida entre los jóvenes la idea de que la *Wissenschaft* se ha convertido en un problema aritmético, que se produce en los laboratorios o en los ficheros estadísticos como «en una fábrica», en el que interviene sólo el intelecto y no el «alma». (...) Tales nociones no muestran ningún conocimiento de lo que ocurre en una fábrica o en un laboratorio. En ambos, algo – de hecho, lo correcto – debe ocurrirle a una persona para que pueda lograr algo valioso. Pero este hecho no puede forzarse.

Weber tiene poca paciencia con la sugerencia de que la academia pueda ser una vía para conocer a Dios. Escribe: «Hoy en día nadie puede dudar en su fuero interno de que la *Wissenschaft* es irreligiosa», lo que indica que ni siquiera tiene intención de argumentar esta tesis. Sin embargo, con toda la pericia y disciplina necesarias, los académicos dependen, en opinión de Weber, del momento gracioso en que se produce la idea correcta, perspicaz, que no puede producirse mediante el análisis o el cálculo. Weber utiliza la palabra alemana *Einfall*, que subraya la experiencia de que algo se da inesperadamente, superando al investigador. «Las ideas llegan a su debido tiempo, no cuando nosotros queremos», escribe Weber

(...) Constantemente intentan escapar

De la oscuridad exterior e interior

Soñando con sistemas tan perfectos que nadie necesitará ser bueno.

Pero la persona que es, será la sombra

La persona que pretende ser.

En la universidad no podemos prescindir de la dedicación a esta entrega, cueste lo que cueste, y de la disposición a seguirla dondequiera que nos lleve. Necesitamos, como sugirió Derrida, verdaderos profesores, y relacionó el título de «profesor» con la palabra religiosa «profesión». Tradicionalmente, profesión es la palabra que indica la declaración de entrega incondicional a Dios de las personas que entran en la vida religiosa. Abandonan formalmente su apego a todo lo que pueda contribuir a la felicidad y la plenitud terrenales para dedicarse exclusivamente a Dios, que es el proveedor de la felicidad *verdadera* y la plenitud *real*.

La profesión de Tomás de Aquino como fraile dominico le lleva a preguntarse si conviene a un religioso profeso estudiar «doctrinas mundanas». Responde que no lo es, *a menos* que éstas se ordenen a la “doctrina sagrada” que «concuera con la piedad» (Tito 1,1). Con esto quiere decir que las doctrinas mundanas capacitan para la contemplación de las cosas divinas mediante la iluminación del intelecto y lo hacen piadoso de un modo que le es propio, abriéndolo así a la verdad que concuerda con la piedad.

Ser profesor de lo que ahora solemos llamar “teología”, pero que en tiempos de Aquino se llamaba “doctrina sagrada” (sacra doctrina), no significa que hable de Dios como un objeto del conocimiento humano, distinto de otros objetos pero comparable a ellos. Para él, Dios es la verdad última, que puede encontrarse en cualquier lugar. Por tanto, la doctrina sagrada trata de todo *sub ratione Dei*, “bajo el aspecto de Dios”. Me gustaría argumentar que concentrarse en dónde las disciplinas académicas toman conciencia de sus propios límites de captación de la realidad puede entenderse como una traducción parcial de considerar la realidad *sub ratione Dei*. En estos límites, se pone de manifiesto que la realidad, a pesar del crecimiento continuo y real del conocimiento, sigue siendo un misterio incomprensible. En cierto sentido, se hace cada vez más incomprensible en y por el crecimiento del conocimiento. Esto nos hace conscientes del hecho de que la realidad en su plenitud, en toda su semejanza con el conocimiento que tenemos de ella a través de la investigación académica, es en última instancia siempre más diferente de este conocimiento.

Una universidad católica debe recuperar este carácter religioso de la búsqueda de la verdad y del conocimiento. Las disciplinas académicas pueden afirmar que se basan en certezas y las producen. Sin embargo, descubren una y otra vez que, en última instancia, se basan en la incertidumbre, que su conocimiento nace al tratar con lo que, en última instancia, está oculto.

**«La estructura de la esperanza en el conocimiento creatural»  
El deseo de conocer y el descubrimiento de la dependencia**

«El ser humano, por naturaleza, está ávido de saber». Esto es lo que escribió Aristóteles en las primeras líneas de su *Metafísica*. Lo que podemos aprender de este deseo es que los seres humanos somos evidentemente seres dependientes. Dependemos de nuestro entorno, y de la protección contra este entorno por los medios disponibles en él. Dependemos de la comida y la bebida, del aire y el agua, de la compañía humana y de la cultura inventada, sostenida y preservada por las generaciones de personas que nos han precedido. Se han puesto a nuestra disposición herramientas; se nos presentan y comprendemos historias e imágenes que expresan

visiones del mundo y de nuestras vidas. Al depender de ellos, el mundo se interpreta y se convierte en un lugar en el que sentirse a gusto y sostenido.

Los modernos pueden pensar que se hacen más independientes comprendiendo el mundo a través de las ciencias y las humanidades, y cambiando el mundo a través de la tecnología. Sin embargo, una mirada más atenta revelaría que, como ha demostrado el filósofo francés Bruno Latour en su panfleto *Nunca hemos sido modernos*, que nunca fuimos observadores independientes y externos de la realidad, encargados de lo que sucederá y lo que no. De hecho, cada vez somos más dependientes. Incluso nuestra libertad de elegir depende de la disponibilidad de lo que podamos desear, y nuestra libertad de pensar depende de sistemas de significación que nos permiten pensar y actuar de determinadas maneras. Lo que a menudo se considera autosuficiencia en la cultura contemporánea se reduce a saber manejar todas las diferentes dependencias que conforman nuestra existencia.

¿Qué nos dice esto sobre nuestro deseo de saber? Curiosamente, que somos activamente *dependientes*. Los seres humanos no sólo están abiertos a las relaciones, sino que son activamente relacionales. Su entorno les atrae, y responden para saber a qué entorno pertenecen, y qué significa formar parte de ese entorno. Si los seres humanos fueran espíritus autónomos que se relacionan con el mundo material sólo externamente, no habrían cambiado el mundo tan profundamente. Por otra parte, si se hubieran dado cuenta de lo profundamente que dependen de él y de hasta qué punto forman parte de él, probablemente lo habrían cuidado mejor.

En el libro de Daniel, en el Canto de la Creación (Daniel 3:32-96), todas las criaturas son estimuladas a «alabar al Señor»: sol y luna, estrellas del cielo, lluvia, rocío y vientos, frío invernal y calor estival, luz y oscuridad, montañas y colinas, etcétera. Y los seres humanos están presentes en medio de todo ello. La sugerencia es que el florecimiento de una criatura contribuye al florecimiento de todas las demás y que la inagotable variedad es también, de un modo misterioso, una unidad armoniosa en el intercambio multilateral de dones y apoyo mutuo. Así pues, el conocimiento, la explicación y la comprensión de cómo son las cosas implican la comprensión de cómo reciben de y dan a todo y a todos los demás. Conocer las cosas es conocerlas en su contribución a lo que Giorgio Agamben llamó la «comunidad venidera».

Conocer, explicar y comprender las cosas en su contribución a esta esperanza y a su realización, da al conocimiento mismo la estructura de la esperanza – lo que Josef Pieper llamó «la estructura de la esperanza en el conocimiento creatural». Una universidad católica debe dar cabida a este complejo de deseo y dependencia y reconocer la esperanza que se da con él.

**“Un laboratorio cultural providencial”  
Salvaguardar las polaridades de la verdad y la alegría**

La Congregación vaticana para la Educación Católica, responsable de las instituciones académicas eclesiales, publicó a principios de 2018 la constitución apostólica *Veritatis Gaudium*, en la que presenta a la Iglesia como una comunidad que

(...) peregrina por los caminos de la historia, acompañando solidariamente a los hombres y mujeres de todos los pueblos y culturas, para iluminar con la luz del Evangelio el camino de la humanidad hacia la nueva civilización del amor. La Iglesia procede, desde la sabiduría del Pueblo de Dios, bajo la guía del Espíritu Santo.

De estas consideraciones el documento concluye que las universidades católicas y las facultades de filosofía y teología están llamadas a ser

(...) una especie de laboratorio cultural providencial en el que la Iglesia lleva a cabo la interpretación performativa de la realidad suscitada por el acontecimiento Cristo (...) una verdadera hermenéutica evangélica para comprender mejor la vida, el mundo y la humanidad, no de síntesis, sino de atmósfera espiritual de búsqueda y certeza, basada en las verdades de la razón y de la fe. La filosofía y la teología permiten adquirir las convicciones que estructuran y fortalecen la inteligencia e iluminan la voluntad (...) pero esto *sólo es fecundo si se hace con la mente abierta y de rodillas.*

Ahora bien, pocos académicos dirán espontáneamente que investigan «de rodillas», en postura de oración. Sin embargo, habiendo escuchado ya la reflexión de Weber sobre las ideas que llegan en su tiempo, no en el nuestro, y el alegato de Derrida a favor de una profesión solemne

e incondicional a la verdad, sean cuales sean las consecuencias, y el conocimiento de Agamben como contribución a la comunidad venidera, es de esperar que no suene demasiado exótico. Partiendo del presupuesto de que una investigación fructífera debe estar abierta a lo inesperado, *Veritatis Gaudium* llega a un veredicto notable:

El teólogo que se contenta con su pensamiento completo y concluyente es mediocre.

El buen teólogo y filósofo tiene un pensamiento abierto, es decir, incompleto, siempre abierto al *maius* de Dios, y de la verdad siempre en desarrollo.

*Veritatis Gaudium* concluye que el mundo actual necesita centros especializados capaces de mantener un diálogo permanente con los distintos ámbitos académicos de estudio. Lo que se necesita especialmente, según el documento, es «una investigación compartida y convergente entre especialistas de distintas disciplinas». Por una parte, esto representa un *servicio* particular a la Iglesia como «pueblo de Dios», y a su magisterio encargado de enseñar la fe. Por otra parte, apoya la misión de la Iglesia «de anunciar a todos la buena nueva de Cristo, en diálogo con las distintas ciencias y al servicio de una comprensión y aplicación más profundas de la verdad en la vida de las personas y de la sociedad».

Aquí, dirán *algunos*, el lenguaje se vuelve más bien específico, y por tanto quizá más adecuado para apoyar una declaración de misión de una universidad católica, una institución perteneciente a una tradición particular. Pero el objetivo último, según el documento, suena mucho más universal: «fomentar el diálogo entre especialidades académicas en aras de la protección de la naturaleza, la defensa de los pobres y la construcción de redes de respeto y fraternidad». *Otros* podrían utilizar este lenguaje más accesible y ético para definir la tarea de una universidad católica.

**“La sede especial de esa gran filosofía,  
que abarca y localiza la verdad de todo tipo”  
Sobre el catolicismo y la universidad**

*Veritatis Gaudium* es un documento trascendental para la reflexión sobre la misión y las tareas de la universidad católica en el contexto actual. La Iglesia bajo el Papa Francisco no ve su unidad representada en una identidad uniforme e inmutable, sino en el Espíritu Santo, que

enriquece constantemente nuestro conocimiento y aprendizaje, con una diversidad de dones a través de todas las diferentes culturas del mundo. Como escribe el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*:

En estos dos primeros milenios cristianos, innumerables pueblos han recibido la gracia de la fe, la han hecho florecer en su vida cotidiana y la han transmitido en el lenguaje de su propia cultura. (...) En la diversidad de los pueblos que experimentan el don de Dios, cada uno según su propia cultura, la Iglesia expresa su genuina catolicidad.

En opinión del Papa, esto apunta a la posibilidad de un encuentro de pueblos y culturas «en una forma de coexistencia (...) en la que cada grupo preserva su propia identidad construyendo juntos una pluralidad que no amenaza sino que refuerza la unidad». A esta unidad la denomina «poliédrica». Nuestro estudio académico del mundo también debería ser poliédrico, prosigue. El modelo para abordar y resolver problemas, escribe, «(...) no es la esfera (...) donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre ellos, sino el poliedro, que refleja la convergencia de todas sus partes, cada una de las cuales conserva su carácter distintivo».

Teológicamente hablando, yo añadiría, a falta de otra imagen geométrica, que la universidad católica está llamada a ver la realidad unida en la «mente de Cristo» (cf. 1 Corintios 2:16), es decir, en el espíritu de amor y cuidado mutuo que forma el corazón oculto, pero real, de toda la creación. Ver todo a la luz de este amor permite salvaguardar «la polaridad entre lo particular y lo universal, entre lo uno y lo múltiple, entre lo simple y lo complejo». Quitar estas tensiones, subraya el Papa Francisco, «sería ir contra la vida del Espíritu», contra la alegría de la verdad.

Según John Henry Newman en su *Idea de la Universidad*, el fin último de la universidad es educar a personas maduras y polifacéticas, conscientes de que cada campo de especialización es sólo una valiosa entrada entre otras *a la realidad*. En opinión de Newman, los estudiantes deben llegar a comprender que lo que se necesita para entender el mundo y encontrar el propio lugar en él es

(...) no sólo la Ciencia, no sólo la Literatura, no sólo la Teología, ni el conocimiento abstracto simplemente, ni el experimental, ni el moral ni el

material, ni el metafísico ni el histórico, sino todo el conocimiento que se tenga en cuenta en una Universidad, por ser la sede especial de esa gran Filosofía que abarca y localiza la verdad de todo tipo, y todos los métodos para alcanzarla.

Esta «gran filosofía», que Newman llama en otro lugar el «conocimiento universal» que la universidad debe enseñar, no es una teoría o doctrina, en su opinión. Es la idea que encarna la propia universidad, la comunidad de disciplinas y académicos, nunca plenamente realizada pero real. Los estudiantes, escribe Newman, deben convertirse en verdaderos intelectuales sumergiéndose en una cultura intelectual abierta, impulsados por la curiosidad, la familiaridad con básicamente todas las disciplinas académicas, al menos en términos generales, y la capacidad de combinar creativamente elementos de diferentes tradiciones.

No creo ser demasiado pesimista al sospechar que este ideal, que yo llamaría «católico», de la formación de generalistas en lugar de especialistas, apenas está vivo entre los administradores de las universidades contemporáneas o en los departamentos gubernamentales de educación. El ideal de las universidades se ha convertido en formar especialistas, y esto no ha hecho sino aumentar la necesidad de que los graduados sepan conectar su campo de conocimiento con el de un complejo de otras disciplinas, otras culturas y otras tradiciones, en vista de la verdad que revelan. Una universidad católica debería proporcionar ese espacio para convertirse en lo que he llamado «un templo de la verdad para un mundo complejo». Las personas que la integran construyen templos intermediarios, a partir de pequeños grupos dedicados a una determinada forma de vida que se confían a ciertas formas de la realidad. De este modo, buscan su lugar en el conjunto del mundo que está en proceso de sacar a la luz su verdad.

**Conclusión:**  
**“Morar en el templo de la contemplación”**

Para terminar: Puede que a estas alturas piensen que mi conferencia ha sonado un poco a sermón, hablando de sufrimiento, esperanza, vocación, deseo y dependencia, y de pensar de rodillas; un sermón que no puede aplicarse directamente a los retos reales de la vida universitaria. Pero eso era exactamente lo que yo intentaba decir, como respuesta a los retos de la universidad contemporánea. Estar abierto y entregado a la verdad, que se envuelve en la

realidad y escucha la llamada a participar responsablemente en su futuro, no proporciona herramientas útiles, manejables y de gestión para repensar la naturaleza y la misión de una universidad o escuela católica. Terminaré con una anécdota que ilustra por qué creo que esto no puede ser más útil.

Como profesor de la Universidad de París, una de las obligaciones de Tomás de Aquino era predicar a la comunidad universitaria. En uno de sus sermones, sugiere que para llegar a ser verdaderos teólogos, sus alumnos deben esforzarse por convertirse en verdaderos templos de Dios. Aquino ve un vínculo etimológico entre «templo» y «*contemplación*». Contemplar a Dios, cree, es el fin último de la existencia humana. Pero, ¿cómo puede alcanzarse este objetivo en una vida en la que la presencia de Dios está siempre oculta y nunca es inequívoca? Aquino escribe que es necesario que los estudiantes desarrollen una madurez espiritual para valorar adecuadamente qué impulsos y voces debemos seguir. Como ejemplo, cita la historia del joven Jesús, que, según Lc 2,41-52, cuando tenía 12 años, se quedó con los maestros en el templo después de celebrar la Pascua en Jerusalén. Cuando fue encontrado por sus preocupados padres, les fue obediente, volvió con ellos a Nazaret y creció en sabiduría y en agradar a Dios y a su comunidad. Crecer en sabiduría, escribe Tomás, equivale a *habitar en el templo de la contemplación*.

Pero, ¿cómo se «habita en el templo de la contemplación»? La respuesta de Tomás a esta pregunta parece infantilmente sencilla. Escribe: «No cabe duda de que una persona que escucha con el corazón abierto, responde con la razón e indaga con diligencia, hará grandes progresos en la sabiduría y, por tanto, en el conocimiento de Dios». Esto de escuchar, responder e indagar, según el Aquinate, se puede aprender por imitación de las personas que lo hacen bien, es decir, de los maestros, vivos y muertos. Sin embargo, esto no significa que Aquino piense que los alumnos deban adoptar las opiniones de sus maestros y reproducir sus conclusiones. Al contrario, de lo que se trata es de que, a través de la imitación, ellos mismos aprendan a escuchar, a responder, a investigar, orientados hacia el mismo objetivo que persiguen los maestros a los que imitan.

Gracias a la revelación del amor de Dios en Jesucristo y a la comprensión de que les «conviene», los alumnos pueden saber, según Tomás, que no pueden ser complacientes, sino

*recibir su verdadera identidad del exterior.* Para descubrir quiénes deben ser y qué deben hacer, también tendrán que estar abiertos a voces alternativas, discernir lo que se relaciona con el amor divino cuya sabiduría buscan, explorar lo que implican esas voces y hacer suyas las percepciones a las que nos llevan. «Llevamos cautivo todo pensamiento para someterlo a la obediencia de Cristo», cita Tomás al apóstol Pablo (2 Cor 10, 5); utilizamos todo lo que se nos da a conocer para averiguar qué sabiduría revela entre nosotros la presencia bondadosa del amor divino.

Así pues, según el Aquinate, y esto concuerda con la opinión de una universidad católica que les he presentado hoy, no tenemos que convertirnos *primero* en templo de Dios, en creyentes plenos con una identidad clara, para alcanzar después la verdadera contemplación, la verdadera sabiduría. No es por un acto absoluto de entrega sólo a Dios, con exclusión de todo lo demás, que el santuario *interior* del alma se convierte en un lugar de la presencia de Dios, que sólo permite la contemplación. Guiados por la luz de la fe, escuchamos y examinamos las cosas que se nos presentan, llegamos a la contemplación y así *nos convertimos* en templo de Dios. Esto, espero haberlo mostrado, podría ser una imagen orientadora de lo que hace católica a una universidad. Es la dedicación a un mundo complejo, y la verdad que se envuelve en él, lo que sacará a la luz cómo la universidad se convierte en templo. Lo que la fe proporciona de un modo existencial, la universidad lo proporciona a través del trabajo de sus estudiantes, profesores e investigadores, de un modo intelectual: dedicación a lo que significa que vivamos en un mundo que anhela a Dios. Y así, el trabajo de este colegio en esta universidad es también una práctica en el camino hacia la fe, una comunidad que viene en busca de la catolicidad.

Gracias por escuchar.